



## CAPITULO V

(1813)

Estado de obstinación de los rebeldes, cuyo indomable espíritu no cede á los más terribles contrastes.—Entrega del mando del virreinato al general D. Félix Calleja.—Méritos contraídos por el virrey saliente. —Prestigio del entrante.—Su vigor y energía en sus acertados planes. —Discordias entre los individuos del Congreso rebelde y ambición de Morelos.—Infinitas acciones trabadas por las tropas de Calleja, siendo las más distinguidas las de Huichapan, Tlalpujagua, Zacatlan, Zimapan, Tejas y Valladolid.—Progresos de la opinión á favor del Rey.

El ardor de los revolucionarios no cedía por más golpes que recibiesen de las tropas realistas; jamás se ha visto mayor tesón y constancia, ni más desesperados esfuerzos que los aplicados por los revoltosos de México para renacer de sus mismas cenizas. La adversidad no los abatía, la muerte no los arredraba; las tropas del Rey necesitaban, por lo tanto, de un decidido heroísmo para continuar esta mortífera lucha.

Entre los varios choques que se dieron en los primeros meses de este año, merece una mención particular el que sostuvo en 29 de Enero el comandante de las armas de Pachuca, D. Carlos Llorente, de acuerdo con el capitán D. Alejandro Alvarez de Güitlan contra el fuerte de Ji-huico, defendido por 2.000 insurgentes. Las tropas realistas se cubrieron de gloria en esta jornada, causando al

enemigo una pérdida de cerca de 1.000 hombres, entre ellos 17 cabecillas y 24 oficiales, y apoderándose de 8 cañones de bronce, muchas armas de fuego y corte, y gran cantidad de uniformes, pertrechos y caballos.

En el mismo mes habían dado los rebeldes un ataque impetuoso á la villa de Zelaya, que ocasionó bastantes quebrantos é introdujo el mayor desaliento en la guarnición; pero habiendo enviado en su auxilio los jefes García Rebollo y Trujillo 100 caballos, reforzados por algunas partidas de patriotas, derrotaron completamente á los enemigos á cuatro leguas de dicha ciudad, matándoles 90 hombres y tomándoles un cañón de á cuatro, un pedrero, una porción considerable de armas blancas y de fuego, muchas municiones y caballos.

Fué todavía más ilustre la acción que tuvo en 31 del mismo Enero el teniente coronel Linares, comandante de Valladolid, con los rebeldes de Pátzcuaro, que habían ido á atacar aquella ciudad. Viéndose Linares apurado por el vivo fuego de cañón y fusil, que duró sin interrupción por el espacio de seis horas, hizo una salida con resultados tan felices, que el enemigo huyó desordenadamente, dejando en poder del vencedor 20 cañones, cantidad de escalas, puentes levadizos, objetos de parque y otras máquinas, y 1.000 cadáveres tendidos en el campo y en el tránsito que recorrieron los realistas en su persecución.

El capitán general D. Francisco Javier Venegas entregó el mando de Nueva España al nuevo virrey D. Félix Calleja, el día 4 de Marzo. El Sr. Venegas había desplegado durante su gobierno los más brillantes talentos políticos y militares. Su celo y decisión por la causa del Rey, su sagaz previsión para evitar las asechanzas de sus enemigos, su acierto en las disposiciones gubernativas, la profundidad de sus consejos, la entereza de su carácter, su actividad y energía en la ejecución de sus bien combinados planes y su infatigable celo y constancia por destruir el germen revolucionario y asegurar la obediencia.

cia de aquellos vastos dominios, le hicieron altamente recomendable y dejaron en los amantes del orden y de la madre patria dulces recuerdos de su recta y sabia administración. Sus heroicos esfuerzos, sin embargo, no fueron suficientes para exterminar el genio de la rebelión: tan grande empresa parecía superior á los esfuerzos humanos; si sus sucesores llegaron á enfrenarlo por algún tiempo, se debió al fruto producido por las buenas disposiciones de aquel bizarro general, al cansancio de los pueblos y á la necesidad dictada por la acción del tiempo, por repetidos desengaños, y por los mismos desórdenes, prolongados al extremo de desear ver terminados á todo trance tan horribles males.

La actividad de los rebeldes era, por lo tanto, á principios de Marzo un objeto de alarma, no sólo por su número, sino por su arreglada distribución y por las brillantes posiciones que ocupaban. Morelos se hallaba situado en Oajaca, en cuyo punto se había fortificado de modo que, para batirlo, se necesitaba organizar una respetable división, que franquease la distancia de 85 leguas que hay hasta la capital, exponiéndose á la insalubridad del país que era preciso recorrer, y llevando los víveres necesarios para no sufrir las privaciones y apuros que eran consiguientes en el tránsito de unos pueblos arruinados por los sediciosos; pero á pesar de estas desventajas, podía esperarse un feliz resultado, atendido el descalabro que había sufrido dicho Morelos en las dos acciones anteriores de San José de Chiapa y cumbres de Aculcingo, y á causa de la baja de más de 600 hombres que había tenido aquel sedicioso en la epidemia de la citada ciudad de Oajaca.

En Tlalpujagua, perteneciente á la provincia de Valladolid y distante 33 leguas de la capital de México, se hallaba D. Ignacio Rayón con una gavilla de 1.500 hombres, y con bastantes piezas de artillería colocadas en parte sobre un cerro atrincherado que cubría el pueblo. Contra esta fuerza se hallaba la división de Toluca, com-

puesta de 3.000 hombres á las órdenes del brigadier don Joaquín del Castillo y Bustamante.

En Huichapan y Real del Doctor estaban los Villagranes, padre é hijo, con otra reunión de 1.000 á 2.000 hombres, amenazando al camino real de Querétaro, si bien eran contenidos en sus incursiones por 600 hombres de infantería y caballería con tres piezas de á cuatro, pertenecientes á la mencionada división de Toluca.

Entre Valladolid y Guadalajara vagaban las cuadrillas de Muñiz, antiguo capitán de milicias, y del clérigo indio Navarrete, que ejercía grande influjo con los de su casta, distinguiéndose no menos por la disolución y libertinaje que por su carácter sanguinario y feroz. La principal defensa de estos facinerosos consistía en la protección de las gentes del país y en los impenetrables y desconocidos auxilios que sabían hallar en la sierra madre.

El Dr. Cos, vicario general del ejército de la Junta, Liceaga, uno de sus vocales y otros de menor nota extendían sus correrías por San Miguel el Grande, la congregación de Dolores y otros puntos del Bajío.

Por el rumbo del Norte se hallaba en Zacatlan la gaviilla de Osorno, interceptando el camino de Veracruz, y obligando á emplear numerosas fuerzas para seguridad de los convoyes. En San Juan Coscomatepec, á 20 leguas de la citada plaza, tenía otra división D. Nicolás Bravo, puesta en comunicación con la anterior, formando ambas sus planes combinados, y fomentando la insurrección de las costas del Norte y Sur de aquel puerto.

Hacia la provincia de Tejas se había presentado el coronel insurgente Bernardo Gutiérrez con algunos aventureros de los Estados Unidos, quienes se habían apoderado de la bahía del Espíritu Santo y amenazaban extender su maléfico influjo por aquellos puntos.

La opinión pública seguía en su extravío á pesar de los excesos y quebrantos consiguientes al estado agitado del país. Los pueblos en general deseaban ver restablecida la calma, mas no por los medios de las autoridades

realistas, sino con el triunfo de la independencia. Las tropas españolas no podían contar sino con el terreno que pisaban; los partidarios del Rey gritaban por nuevos auxilios de la Península, pues que sólo con ellos, con extraordinarios esfuerzos y con un tesón perseverante se podía sostener aquella terrible lucha. ¡Tal era la posición de México cuando principió el gobierno del Sr. Calleja!

Ni se crea por este cuadro que acabamos de trazar que es nuestro ánimo rebajar el mérito contraído por el Sr. Venegas durante su mando. Sin el acierto de sus providencias y sin sus vigorosos esfuerzos habría sucumbido varias veces el poder real. Fué dicho benemérito virrey el escollo contra el que se estrellaron todos los conatos de una ardiente revolución, que se presentó á los principios con todos los caracteres de irresistible; y la sola circunstancia de haberla rechazado, y de haber sabido conservar la autoridad real en medio de tan terribles embates, fué un triunfo que bien puede compararse con el de los más felices conquistadores.

Es verdad que al terminar su misión dejó en pie gruesas partidas de insurgentes que hostigaban furiosamente al ejército del Rey; pero también éste se hallaba bajo el orden y arreglo más brillante, y capaz de resistirlas y aun de exterminarlas con la constancia y con sabias combinaciones.

Es asimismo cierto que no dejó fondos sobrantes; pero sostuvo por el espacio de tres años una guerra devastadora que arruinó los principales ramos de la riqueza pública, sufrió quebrantos, y tan considerables gastos extraordinarios que no bajaron de 1.000.000 de pesos solos los del sitio de Cuautla, y con todo no contrajo más deuda que la de 3.000.000.

Es innegable que no tuvo la dicha de sofocar la rebelión; pero acaso cualquiera otro que hubiera desempeñado este espinoso cargo en tan apuradas circunstancias habría hecho menos adelantamientos hacia el indicado fin.

Siempre son las revoluciones más furiosas en su primer periodo, y tal vez contrae más mérito quien puede contener entonces su ardor que los que logran sofocarlas completamente pasada aquella efervescencia en que los estragos cometidos y el exceso del mal hacen que los pueblos detesten aquellos movimientos subversivos que les han sido tan fatales. No había ejército en Nueva España: Venegas lo creó. Era corto el número de oficiales, y muchos de ellos carecían de instrucción: Venegas los formó y los amaestró en el arte de la guerra. Cuatro veces estuvo aquel virreinato á la orilla del precipicio: Venegas lo salvó.

El Gobierno español, que supo apreciar en su justo valor los distinguidos servicios de tan ilustre general, quiso perpetuar la memoria de ellos confiriéndole el título de marqués de la Concordia de Nueva España; y éste nos parece ser el testimonio más irrecusable para confundir á los que han tratado de deprimir el alto concepto que aquel digno jefe tiene bien asegurado en el tribunal de la imparcialidad y de la rigurosa justicia.

Apenas hubo entregado el Sr. Venegas el mando al nuevo virrey Calleja, dispuso su viaje para la Península, que emprendió el 13 del mismo mes de Marzo, saliendo á incorporarse con el convoy que había pasado la noche anterior en Ayotla, distante cuatro leguas de la capital. Los insurgentes iban picando la retaguardia sin atreverse á dar la cara, ciñendo sus correrías á lanzarse contra los infelices rezagados que por enfermedad ó descuido se alejaban de la columna.

Esta se componía, á su salida de Méjico, de 800 infantes, 70 caballos y 2.000 mulas de carga; y reforzada en Puebla con 200 infantes, 30 caballos, un cañón de á cuatro, 2.000 tercios de harina y otros muchos efectos, componía un total de 1.100 hombres y 3.000 acémilas. No se había extinguido todavía en este tiempo la furiosa epidemia de fiebres pútridas que había atacado á la provincia de Puebla con el mayor furor, habiéndose notado la sin-

gular anomalía de que su malignidad fuera mayor con los indios, menor con los criollos y de poca entidad con los europeos.

Al llegar dicho convoy al río Atoyac halló cortado el puente llamado Nuestra Señora de Guadalupe, y parapetados los insurgentes en la falda de un cerro; pero superando las tropas del Rey aquellos obstáculos los desalojaron de sus posiciones y continuaron su marcha sin tropiezo hasta el río Chiquihuite, distante media legua del punto anterior, en donde tuvieron que superar otra cortadura sobre su hermoso puente. Aunque huían los rebeldes á la aproximación de las tropas realistas, no dejaban sin embargo de hostigarlas y de causarles toda clase de daños y quebrantos para obstruirles el paso, pegando fuego á los bosques colaterales, y amenazando continuos ataques apoyados en las ventajas del terreno; otro de los tropiezos que retardaron dicha marcha fué el incendio del puente de madera de un arroyo llamado Paso del Macho, por cuya inesperada circunstancia quedó el convoy dividido entre las dos orillas del río hasta la mañana siguiente, que pudo quedar habilitado.

Fueron pocos los días en que dejase de haber algún encuentro parcial con los bandidos, quienes, semejantes á las aves de rapiña, estaban esperando que cayera en sus uñas alguna parte de tan preciosa presa; sus atrevidas maniobras se extendieron hasta dos leguas de Veracruz, en cuya última jornada redoblaron sus esfuerzos, sin más fruto que su mengua y deshonor, el malogro de sus planes y el sentimiento de saber que á los pocos días se había embarcado libremente para la Península el digno general Venegas, terror de la raza rebelde.

La época de Calleja fué asimismo del mayor lustre y esplendor. Los ocultos é insidiosos manejos empleados en Cádiz por los amigos de la independencia para evitar que el gobierno de Nueva España recayera sobre un jefe tan bizarro y astuto que había de pulverizar todas sus arterias y esfuerzos, no tuvieron más resultado que añadir

nueva importancia á la bien merecida opinión de aquel guerrero.

El arma más terrible del Sr. Calleja, y que causaba mayor aprensión á los disidentes mexicanos, era el conocimiento que tenía dicho general del país, y señaladamente del carácter doble, simulado é hipócrita de la mayoría de sus habitantes. Sabían que á este jefe no se le podía atacar sino cara á cara y en regla; y como sus elementos para esta clase de guerra eran muy inferiores á los que obraban en favor de la causa del Rey, empezaron á desmayarse y á renunciar á las quiméricas ideas de consolidar su independencia, de la que ellos no habrían dudado si á falta del celoso virrey Venegas se hubiera nombrado otro menos previsivo, inteligente y esforzado que el citado Calleja.

Las primeras disposiciones de este ilustre general fueron las de publicar un bando concebido en los términos más expresivos y eficaces para restablecer la calma é inspirar confianza á los mismos corifeos que desistiesen de sus criminales empeños; levantar un préstamo de millón y medio de pesetas, cuyas dos terceras partes entraron en caja á los pocos días, y situar dos cuerpos de ejército en los caminos de Veracruz y de tierra adentro, para mantener expeditas las comunicaciones. El de Veracruz, compuesto de 6.000 hombres, comenzó muy pronto las operaciones, imponiendo respeto á Morelos y á las demás cuadrillas.

Seguía en el entretanto la discordia entre los miembros de la ridícula Junta de Chilpancingo; estos hombres, tan ignorantes como orgullosos, habían tratado de imitar las voces, fórmulas y frases de las Cortes de España, haciendo de ellas las más extravagantes aplicaciones.

De estas confusas luces y del violento deseo de adquirir en pocos días lo que es obra de muchos años de estudio y de experiencia, resultó una Constitución la más monstruosa, que retocaba á su antojo el grosero y tosco Morelos, dirigiendo las voluntades de los demás repre-



sentantes, que todavía le superaban en ignorancia y torpeza; así logró ser generalísimo y que se le confiase el Poder Ejecutivo. Creyendo, pues, los congregantes formar una Constitución liberal, crearon una despótica aristocracia y un tirano con facultades en contradicción con el cuerpo soberano.

Aunque Morelos se titulaba *Siervo de la Nación*, obraba, sin embargo, según le dictaba su capricho y su desenfrenada ambición; los trabajos, pues, de dicho Congreso no podían ser otros que la emanación del irresistible influjo del citado eclesiástico, y el solo acto que se presentó con la espontaneidad y acuerdo de todos los gobernantes fué la independencia absoluta de aquel reino, que se proclamó con el mayor entusiasmo; pero el inquieto Morelos, no bien satisfecho de haber adquirido una violenta preponderancia sobre los negocios, proyectó una ruidosa expedición, que llevó á cabo más adelante, para su propio daño.

Aunque se dieron en este año pocas acciones importantes que puedan merecer el nombre de batallas, hubo, sin embargo, choques muy ardientes, y en ellos los más brillantes rasgos de previsión, inteligencia, bizarría y constancia, que añadieron el mayor lustre á las armas del Rey.

El único contraste que sufrieron éstas á poco tiempo de haber sido colocado el Sr. Calleja á la cabeza del virreinato, fué la rendición á los rebeldes de la plaza de Acapulco, que por tanto tiempo había sabido rechazar los más encarnizados ataques; pero veremos ya al año siguiente tremolar de nuevo en sus murallas el pabellón de Castilla, y los brillantes triunfos que acompañaron á las tropas realistas en cuantas ocasiones hubo lugar de hacer uso de su bizarría y arrojo.

El movimiento que había hecho Morelos sobre la costa del Sur con 10.000 hombres, dejando tan sólo guarnición en Oajaca, y la retirada hacia las sierras de Valladolid del cabecilla Rayón, con otra división de 8.000, desconcertó.

los atrevidos planes de Liceaga, Verduco, Velasco, Sesma y otros caudillos, que con el mayor descaro recorrían los pueblos de las provincias de México y Puebla, introduciendo por todas partes la confusión y alarma.

De los 84.000 combatientes con que podía contar á esta época el virrey Calleja, entre tropa arreglada y milicia cívica, escasamente habría la décima parte de europeos; y siendo inmensa la muchedumbre de gavillas insurgentes que hormigueaban en todas direcciones, amplió su primitivo plan de formar dos cuerpos respetables para los caminos de Veracruz y de tierra adentro, subdividiendo éstos en una porción considerable de columnas sueltas, y éstas en destacamentos que cubriesen todos los distritos, para que, obrando en perfecta combinación, se auxiliasen mutuamente, á fin de dar golpes en grande siempre que ocurriese alguna reunión numerosa de los rebeldes.

Con esta general distribución de fuerzas por todo el país se conseguía el doble objeto de tener expedita su comunicación y seguros los convoyes, y el de imponer á los pueblos para que no se dejasen alucinar con los venenosos tiros de la seducción. La severa y oportuna policía, que se estableció con orden á los curas párrocos y alcaldes de que avisasen prontamente de cuantas novedades pudiesen ocurrir en la demarcación de su territorio, produjo el feliz resultado de que todo el país estuviera cubierto de espías y emisarios que obraban á favor del Rey; de aquí el malogro de cuantos planes concibiesen los rebeldes, y de aquí, finalmente, sus continuas derrotas y su desaliento.

Sería interminable la relación de tantos combates parciales trabados por los realistas en toda aquella vasta extensión de país; nos ceñiremos, por lo tanto, á enumerar los más importantes, sin que, por la omisión de los que lo fueron menos, pretendamos rebajar el mérito de las tropas que tuvieron la desgracia de no hallarse en igual posición para distinguirse.

Entre los varios choques que se dieron en el mes de Marzo, merecen que se mencionen con particular elogio los siguientes: la expedición del teniente coronel D. José de Santa Marina contra el pueblo de la Antigua, que había sido fortificado por los insurgentes, quienes fueron derrotados completamente, dejando en poder de los realistas cinco cañones, uno de ellos de á 24, varios fusiles y prisioneros; y siendo otro de los triunfos de esta jornada el rescate de dos oficiales y de un soldado que se hallaban detenidos en aquella posición; la victoriosa resistencia que hizo el capitán D. José Vicente Robles á una gavilla de facciosos que había tratado de introducirse en la villa de Orizaba, causándoles bastantes pérdidas; y como la más considerable, la del capitán Mejía, hombre del mayor influjo entre los sediciosos, que fué hallado en el número de los muertos; el choque sostenido por el teniente coronel D. Ildefonso de la Torre y Cuadra, que había salido en seguimiento de los cabecillas Cos y Rayón, situados en Santa Ana de los Lobos, y, sucesivamente, en San Luis de La Paz, quien no pudo alcanzarlos hasta las alturas de la villa de San Felipe, en donde les derrotó su retaguardia, con pérdida de 80 muertos y 22 prisioneros; otras dos acciones, contra los cabecillas Cos y Salmerón, en las orillas del pueblo de Dolores y en las inmediaciones de la hacienda del Tirado, cuyo resultado fué la muerte de 200 facciosos y un gran número de heridos; varios combates trabados en la parte de Nueva Galicia por las tropas del general Cruz, habiéndose distinguido en particular los comandantes D. José Julián Gutiérrez, D. Marcos García de León, D. Agustín de Itúrbide y D. Juan de Dios Ortega, y los capitanes D. Guillermo Limón, D. Pedro Pablo Fernández, D. Ignacio Millán y D. Francisco Gutiérrez.

Entre los individuos que adquirieron mayor mérito en las acciones parciales que se dieron en el mes de Abril, debe ocupar un lugar de preferencia el brigadier D. Juan José de Oleazábal, quien rechazó gloriosamente en Oco-

tepec los ataques del cabecilla Arroyo, dirigidos contra el inmenso convoy que escoltaba, habiendo sido el fruto de aquella refriega la salvación de dicho convoy, la muerte de más de 100 insurgentes, la toma de otros tantos prisioneros, de siete cañones, una bandera y la mayor parte de sus armas y municiones.

El teniente coronel D. Agustín de Itúrbide ganó otra acción importante sobre los Rayones y otros cabecillas, que, con una inmensa muchedumbre de facciosos de las provincias de Valladolid, de San Miguel el Grande y de Tlalpujagua, hasta el número de 4.000, se hallaban parapetados en la ciudad de Salvatierra, apoyados en la margen del río, sin más camino practicable para penetrar en ella que un desfiladero y el puente, defendido por cuatro cañones y por varios pedreros.

Aunque el número de los realistas era muy inferior al de los rebeldes, nada arredró á aquel bizarro jefe para lanzarse con el más desesperado valor sobre el enemigo, y para derrotarlo completamente. Más de 300 cadáveres que se hallaron en el campo de batalla, toda su artillería, fusiles, municiones y demás pertrechos, fueron los trofeos de aquella insigne jornada; el premio de tan denodado esfuerzo, un escudo á los oficiales y soldados que tuvieron parte en ella, para perpetuar su memoria, y el grado de coronel para su digno comandante.

El teniente coronel D. Pedro Antoneli atacó en la hacienda de San Antonio á los caudillos Verduco y Liceaga, que habían tomado una excelente posición en Puruandiro: el espíritu marcial que animaba á las tropas del Rey las hizo triunfar bien pronto de sus contrarios, quienes se entregaron á la más desordenada fuga después de haber perdido varios muertos, 98 prisioneros, 2 banderas, 10 cajas de guerra, el parque de artillería, muchas armas de chispa, una gran porción de equipajes, dinero, mulas, caballos y demás efectos.

El comandante de Alvarado, D. Gonzalo Ulloa, resistió bizarramente á un furioso ataque dirigido por 700 in-

fantes y 800 caballos, mandados por los cabecillas Bravo, Bárcena y Machorro; y aunque la guarnición llegaba escasamente á 200 hombres, fué sin embargo tan heroica su defensa, que huyó el enemigo, dejando tendidos en el campo de batalla 35 muertos, varios heridos y prisioneros, armas y municiones.

En los varios choques importantes dados en este mismo mes por las tropas del general Cruz, adquirieron un mérito particular el teniente D. Anastasio Brizuela, persiguiendo á los bandidos en las cercanías de la Piedad; el capitán D. Benito Fernández López cerca del pueblo de Tarúmbano; el teniente D. Domingo Pacheco en el arroyo de la Bartolilla y en la hacienda de Chapitiro; el capitán D. Vicente Saravia en el pueblo de Pajacuarán; D. Bernardo de la Vega en el cerro de las Minas, y el teniente D. Valentin Jordán y Rivero en el arroyo de los Cuamilles cerca de Huanionoba.

Entre los muchos combates que dieron más lustre á las armas del Rey en el mes de Mayo fué la toma de Huichapan, verificada por el teniente coronel D. Pedro Monsalve, á cuyos bien combinados movimientos se debió la muerte de 287 facciosos, y la toma de 400 prisioneros, entre ellos José María Villagrán, alias el Chito, con otros cabecillas, y la de una culebrina, doce cañones, cinco pedreros y otras muchas armas y municiones.

Debióse asimismo á las acertadas disposiciones del brigadier D. Joaquín del Castillo y Bustamante la evacuación del fuerte que tenían los rebeldes en el cerro del Gallo de Tlalpujagua, dejando en él 24 piezas de artillería, mucha porción de pertrechos de parque, su fábrica de fusiles, con otras diferentes máquinas é inmensa porción de víveres. El comandante D. Juan Barrachina atacó á los insurgentes en las cercanías de Tecualoya, y aunque la fuerza de éstos excedía de 2.000 hombres dotados de extraordinario valor, fueron batidos sin embargo con pérdida muy considerable, no sin haber dado terribles pruebas de arrojo disputando á palmos el terreno.

Estas brillantes acciones y en particular la toma de los puntos fortificados de Huichapan y Tlalpujagua, habían derramado un bálsamo consolador sobre los buenos realistas, y dado nuevos timbres á la gloria del virrey Calleja, de cuyas acertadas disposiciones é infatigable celo emanaban aquellos ilustres triunfos.

El júbilo de los mexicanos subió de punto con la rendición ocurrida á este tiempo del pueblo de Zacatlan, que era otro de los atrincheramientos de los rebeldes. En los tres puntos indicados apoyaban éstos sus quiméricas esperanzas: mientras estuvieron en posesión del último, ejercieron las mayores tropelías sobre los desgraciados pueblos de la comarca, interceptando las comunicaciones con la ciudad de Puebla, robando á los trajinantes y arrieros, y aniquilando el territorio de Tlascala. Libres ya aquellas provincias de tan furiosos enemigos, llegaron á confiar en un porvenir más dichoso: el genio de Calleja formaba su principal garantía.

El ayudante de patriotas del pueblo de San Pedro Totlimán, D. Manuel Fernández Bocanegra, señaló su bizarria y esfuerzo en el ataque que dió con sólo 70 hombres á varios cabecillas insurgentes que se hallaban situados en las alturas de Huancoro, á los que derrotó completamente, matándoles 40 y cogiéndoles una bandera, varios fusiles, carabinas, trabucos, pistolas, lanzas, bombas de mano, municiones de guerra y caballos.

Don Pedro Rojas, con un puñado de valientes de la columna del teniente de fragata D. Bartolomé Argüelles, rechazó con tanta gloria como mengua de los rebeldes á 800 de éstos que fueron á atacarle en el pueblo de Tihuatlan, capitaneados por Félix Mesa, Terán, Gregorio Fresada, Pedro Vega, Téllez y otros caudillos.

Los choques parciales dados por las tropas del general Cruz merecen asimismo ser indicados, aunque rápidamente:

El comandante de armas de la jurisdicción de Ahuacatlan, D. Francisco Monroy, batió las gavillas de Juan

**Severiano, Antonio Cañas y Patricio en la barranca del Naranjo, cerca del paso de Halica.**

Itúrbide contribuyó poderosamente con su división á salvar un convoy que escoltaba el coronel Ordóñez y que había sido atacado á una legua de Salamanca.

El capitán Laheria derrotó en las alturas del cerro del pueblo de San Pedro 700 facciosos capitaneados por los cabecillas Mendoza y Macías, y si no fué completa la destrucción, se debió á la proximidad de las barrancas, en las que pudieron fácilmente ocultar su vergüenza.

El teniente coronel Casabal rechazó con gloria, en las cercanías del pueblo de Mexcala, los furiosos ataques dirigidos por una numerosa reunión de insurgentes refugiados en la isla del mismo nombre sobre la laguna de Chapala; el enemigo pagó cara su osadía, pues que dejando 100 cadáveres tendidos en el campo, se reembarcaron con precipitación los que pudieron y los demás se guardaron en los bosques.

El cabecilla Domingo Segura fué derrotado cerca de León por una partida del teniente D. Esteban Rozas, perteneciente á la división del señor conde de Pérez Gálvez. Otro cabecilla llamado Salmerón fué asimismo derrotado por el capitán D. Gaspar Antonio López en las inmediaciones de la hacienda de Burras, en la provincia de Guajalajara.

Los combates que se trabaron en el mes de Junio entre realistas é insurgentes no dejaron de ser importantes. El principal fué el que sostuvo el comandante D. Pedro Monsalve en el cantón de San Juan, adonde el faccioso cabecilla Julián Villagrán había remitido toda la artillería que tenía en Zimapan; posesionados los rebeldes de las cumbres en número de 3.000 hombres, rompieron un vivo fuego de cañón y fusil, que fué recibido con impavidez por la columna de Monsalve, compuesta sólo de 300 infantes y 60 caballos: los capitanes D. José Barradas y don Simón de la Portilla fueron encargados de romper las dos alas del enemigo, quien valido de la aspereza del terreno

**huyó con tanta precipitación como seguridad, abandonando 30 cañones de todos calibres, 34 fusiles, 178 cajones de cartuchos y otros varios objetos de parque, un repuesto considerable de viveres y de géneros, varias alhajas de plata robadas en las iglesias, alguna plata y 24.000 cabezas de ganado menor.**

Los resultados de tan brillante expedición no fueron menos favorables á la causa del Rey que los de Huichapan, Tlalpujagua y Zacatlan: muchos facciosos se acogieron al goce del real indulto; José Antonio Trejo se presentó con toda su gavilla, compuesta de más de 400 personas y con 27.000 cabezas de ganado; hizo lo mismo el indio coronel Casimiro Gómez con 2.000 hombres, que ocupaban una posición fortificada con buena artillería.

El ya citado cabecilla Julián Villagrán, tal vez el más desalmado y protervo de todos los facciosos, á quien no pudieron mover para acogerse á dicho indulto ni los ruegos de su arrepentido hijo José María, ni la próxima muerte de que habría podido libertarle con haber cedido su indomable valor, ni otras consideraciones que coincidían con su propia utilidad y provecho, fué aprehendido en San Juan Amajaque por el teniente de fragata D. Rafael Casasola, con satisfacción general de todos los buenos y pacíficos habitantes, á quienes había llenado de terror con sus crueldades.

El benéfico virrey, que se valía de toda favorable coyuntura en la que adquirían sus armas algún triunfo glorioso para renovar las ofertas de un perdón tan generoso como sincero á los que desistiesen de sus criminales intentos, dió á esta sazón otra enérgica proclama en la que brillaba la nobleza de sus sentimientos á la par de su acendrada fidelidad y patriotismo; pero tan humanas providencias no fueron acompañadas de los felices efectos que debía prometerse. No se desarmó por ellas el brazo de los rebeldes, ni sus tropas pudieron descansar de sus fatigas.

**Así es que debiendo recorrer una carrera de sangre y**



**luto, vemos á este mismo tiempo en medio de la sumisión de algunos cabecillas, entre ellos la de José Manuel Polo en San Juan del Río, y la del presbítero D. José Manuel Correa, cura de Nopala, batirse las tropas del general Cruz en varios encuentros en el mes de Julio; vemos al benemérito teniente de patriotas D. Mariano Loyo, perteneciente á la columna de D. Juan Topete, comandante de Tlacotalpan, destruir á los rebeldes en el paraje de Tierra Blanca (provincia de Veracruz), haciendo 41 prisioneros y apoderándose de varios efectos.**

Vemos asimismo en el mes de Agosto empeñados los realistas en diversas acciones, la mayor parte felices, si bien hubo alguna de ellas desgraciada, especialmente la expedición del teniente coronel de dragones D. Francisco Antonio Salcedo, quien, arrebatado de su ardiente entusiasmo, se comprometió en la hacienda de Mal País, sobre las inmediaciones de Tezcuco, quedando envuelto por la inmensa superioridad del enemigo, perdiendo la mayor parte de su gente, sin más fruto de su arrojo que la gloria de haber exhalado su postrer aliento entre montones de cadáveres enemigos sacrificados por su mano.

Otro de los choques felices para las armas del Rey fué el que empeñó en Piaxtla el capitán D. Juan Bautista Miota con el cabecilla Ojeda, que mandaba 400 infantes y 200 caballos, sostenidos por dos cañones; en poco más de una hora quedaron completamente derrotados los rebeldes, y en poder de Miota los dos cañones con sus correspondientes municiones, más de 100 armas de chispa, 70 prisioneros, 3 cajas de guerra, un estandarte, muchas mulas y caballos y el campo cubierto de 300 cadáveres; siendo lo más prodigioso de esta acción reñida y sangrienta que las tropas del Rey no tuvieron más pérdida que la de 3 ó 4 caballos heridos.

No fué menos glorioso el ataque que dió el teniente coronel D. Francisco Carminati en el Llano de Huapan, en donde fueron batidos los caudillos Zenón, Vélez y Ma-

nuel León, dejándose tendidos en el campo 95 hombres, varios prisioneros, fusiles, mulas y caballos.

Ofreció asimismo el mayor interés la feliz expedición emprendida por el teniente coronel D. Carlos María Llorente con 323 infantes y 150 caballos contra 3.000 insurgentes, que capitaneados por Osorno infestaban el territorio de Tepeapulco, Otumba y Calpulalpan; si bien no pudo aquel bizarro jefe empeñarlos en una acción general, consiguió, sin embargo, el feliz resultado de haberle hecho huir cuantas veces pudo llegar á las manos, y de haberse apoderado del fortín bien artillado de San Miguel, que era el foco de la insurrección por aquella parte, y la madriguera de los que peleaban por tan impía causa.

Por la parte del Nuevo Santander adquirieron asimismo honor y gloria las armas del Rey: el coronel D. Benito Armiñán derrotó completamente los rebeldes en las cercanías del Moquete, matando una porción de insurgentes, entre ellos al cabecilla Marcelino García, tomándole varios prisioneros, caballos y armas, ahuyentando al rebelde Garibay, é infundiendo el mayor terror en todos los alzados.

No es menos digna de ser transmitida á la posteridad la bizarria del alférez D. José María de la Vega, quien con la sola fuerza de 40 hombres y los auxilios del cura de dicho pueblo, D. José Pablo Morán, y de unos pocos voluntarios, rechazó victoriosamente el brusco ataque que dieron 460 rebeldes contra el pueblo de Ojuelos, que aquél guarnecía, y los obligó á retirarse vergonzosamente, dejándose 50 muertos en el campo de batalla.

Los errantes y fugitivos Rayones, que en el mes de Septiembre se habían refugiado al islote de la laguna de Yurira, en donde habían dado principio á la fundición de cañones y otras armas, fueron causa de que se organizase una brillante expedición dirigida por los coroneles Itúrbide y Ordóñez, cuyos bizarros jefes, ya que no pudieron llegar á las manos con los enemigos, que huyeron des-pavoridos al primer aviso de su aproximación, lograron el

importante objeto de destruir aquellas fortificaciones y fábricas que tanto daño podrían haber ocasionado á la causa del Rey.

En el mismo mes de Septiembre derrotó el capitán don José Antonio del Callejo á 300 insurgentes, fuertemente parapetados cerca del pueblo de Tutotepec, en el distrito de Aculcingo, matándoles 40 hombres y poniéndolos en completa dispersión. Hacia el mismo tiempo deshizo el capitán D. Manuel Gómez de Teloloapan las gavillas insurgentes, que se estaban disponiendo á atacar el Real de Tasco, poniéndolas en una fuga desordenada, en la que se dejaron 25 muertos, un cañón de á dos, varios fusiles, lanzas, muchas municiones y tres cajas de guerra.

Entre los reñidos combates dados á esta época por las tropas realistas, merece ocupar un lugar distinguido en la historia el del brigadier D. Joaquín Arredondo en las inmediaciones de Tejas. Su división, compuesta de 735 infantes y 1.195 caballos, ansiosa por vengar los ultrajes cometidos en la acción del Rosillo, en la que fueron pasados por las armas dos coroneles españoles, y la tropa que estaba á sus órdenes, después de haber capitulado con el victorioso enemigo, llegó á las manos contra un brillante ejército insurgente compuesto de 3.200 hombres, constituidos en el mejor estado de armamento y organización, y formado en gran parte de aventureros anglo-americanos.

Esta sangrienta batalla coronó de inmarcesibles laureles las sienes del citado brigadier Arredondo: el mérito de sus soldados creció en proporción de la empeñada resistencia del enemigo; ambos ejércitos emplearon en esta jornada cuantos recursos sugiere el ardimiento, el compromiso, el coraje y la desesperación; mas todo cedió al irresistible brazo de los que peleaban por la mejor de las causas. Mil cadáveres tendidos en el campo, y entre ellos el hijo del general Wilquinson, el coronel Menchaca y otros varios jefes de la insurrección, con un gran número de heridos y prisioneros, 22 cañones de varios

calibres, 150 fusiles, 700 carabinas, 200 pistolas, 300 sables, 200 lanzas, porción considerable de municiones y pertrechos, cuatro cajas de guerra y otros muchos efectos de parque y equipajes, fueron los trofeos que ganó el bizarro Arredondo en tan memorable jornada, sin más pérdida por su parte que la de 55 muertos y 178 heridos.

La noticia de tan brillante suceso infundió el mayor consuelo en el ánimo de los buenos realistas; disipados los justos temores que habían concebido por una expedición tan bien concertada que amenazaba el incendio de todas las provincias del Norte, pudieron ya entregarse á las esperanzas más lisonjeras de que la hidra de la revolución sería sofocada con no menor facilidad y empeño en la parte del Sur, restableciéndose por este medio el orden y la tranquilidad. Uno de los jefes españoles que más se distinguieron en dicha batalla de Tejas fué don Ignacio Elizondo, quien con la columna de su mando había ya alcanzado varios triunfos antes de concurrir, con su bizarría y decisión, al éxito feliz de la acción general, y se hicieron asimismo acreedores á los mayores elogios cuantos tuvieron parte en tan reñida refriega.

Hacia el rumbo del Sur y pueblo de Tecolutla obtuvo el comandante de Papantla, D. Salvador Gregorio, una brillante victoria con un puñado de valientes contra la numerosa gavilla del caudillo Rincón, compuesta de 3.000 hombres llenos de una orgullosa confianza en su creída superioridad. Desechando las valientes tropas del Rey la altanera intimación de rendir sus armas, se prepararon para el combate; y á las acertadas disposiciones de su impávido jefe, así como á su esfuerzo y empeño, se debió la inesperada ventaja de que, superando todos los obstáculos de un ataque furioso sobre el citado pueblo, mordiesen muy pronto el polvo más de cien facciosos, y que los demás huyesen con la mayor precipitación, sin que tuvieran aliento para volver á la pelea ni aun después de haberse rehecho de su primer quebranto.

Sobre las acciones principales dadas por las tropas del Rey

en el mes de Octubre, debe ocupar un lugar de preferencia la del capitán D. García Revilla, quien, reuniendo su fuerza, de 100 infantes, con 60 dragones que mandaba el teniente D. Valentín Amador, y con 12 patriotas del padre Campuzano, atacó á los facciosos situados en Zitácuaro, matándoles 120 hombres, entre ellos dos cabecillas, y tomándoles siete cañones de varios calibres, algunas armas de fuego, porción de sables, caballos, mulas y ganado; pero con la irreparable pérdida de haberse volado dicho comandante con el parque enemigo.

Fué todavía más importante la que dió en Zacapot el comandante D. Domingo Landázuri, con 300 caballos, 200 infantes y 4 piezas de artillería, á los cabecillas Ignacio y Ramón Rayón, Villalongín, Nájera, Lobato, Navarrete, Arias y Lailsón, á los que derrotó completamente, causándoles la pérdida de 100 hombres, entre muertos y heridos, tomándoles siete cañones de varios calibres y dos obuses, varias armas de chispa y corte, porción considerable de municiones, mulas y caballos.

Entre los repetidos combates que dieron algún lustre á las armas del Rey en el mes de Noviembre, debe hacerse particular mención de los que trabó el capitán D. Gabriel de la Riva en la hacienda de la Escondida y en el puerto de Agutla (territorio de Jalpan), matando, en el primero, 50 insurgentes y al cabecilla Pedro Méndez, y en el segundo 35, y quedando prisionero el caudillo de estos últimos, Hilario Angulo, en cuyo equipaje, así como en el de Méndez, se halló una porción considerable de alhajas y ornamentos sagrados.

Merece igualmente ser recordada la brillante acción dada por el capitán D. Ramón García Reguera, en el Arroyo Quebrado, á las inmediaciones de la hacienda del Jaral, contra el cabecilla Ortiz, alias el *Pachón*, que mandaba 500 insurgentes, á los que derrotó completamente con la sola fuerza de 90 hombres, tomándoles un cañón, el parque, varias armas y pertrechos de guerra, y causándoles una pérdida considerable.

Fué asimismo brillante la resistencia que hizo en Diciembre el capitán D. Pedro García, en la hacienda de Chichimequillas, con un corto destacamento, contra una numerosa gavilla de 1.000 hombres, los que hubieron de retirarse vergonzosamente, después de seis horas de fuego, dejando el campo empapado en sangre.

El comandante D. Matías Martín y Aguirre, dependiente de la división del brigadier D. Ciriaco de Llanos, destruyó completamente las gavillas de los Rayones, en el cerro de Jerécuaro, matándoles 200 hombres y apoderándose de un cañón, de 70 fusiles y carabinas, 50 machetes, 8 cargas de municiones, 4 cajas de guerra, 100 caballos, algunas mulas, 5 tiendas de campaña y el equipaje del mismo Rayón.

Empero por ilustres que hubieran sido los triunfos adquiridos por los realistas en este año, ninguno es comparable, si se exceptúa el de Arredondo, con el que sostuvo el brigadier D. Ciriaco de Llanos sobre el formidable Morelos. El plan concebido en esta ocasión por el virrey Calleja hizo honor á su inteligencia y previsión.

Como el caudillo rebelde estuviera ejerciendo su terrible influjo en Tierra Caliente, al favor de sus atrincheramientos en el río Mexcala, y de las importantes fortificaciones del puente del Marqués, amenazando por su derecha á Valladolid, por su centro á México y por su izquierda á Puebla, dió orden para que se moviese el ejército del Sur, mandado entonces por el general D. Ramón Díaz de Ortega.

Las tropas de éste, juntamente con las del brigadier D. José Moreno, marcharon de frente sobre Morelos; el coronel D. Luis del Aguila remontó el río y flanqueó sus posiciones por la izquierda. Viéndose los rebeldes estrechados tan de cerca, no hallaron otro recurso para salir de aquel apuro sino el de marchar por la derecha sobre Valladolid en número de 8.000 hombres, á que ascendían aquellas desenfundadas turbas.

Se presentaron el 23 de Diciembre en las lomas de

Santa María, próximas á dicha ciudad de Valladolid, defendida entonces por el teniente coronel D. Domingo Landázuri, y le intimaron la rendición del modo más altanero é irritante.

El citado brigadier Llanos, que había venido con su ejército del Norte en auxilio del del Sur, tuvo aviso en el mismo día de los apuros en que se hallaba Landázuri, y apresuró, por lo tanto, su marcha para socorrerle con sólo el escuadrón de México y 60 caballos de la columna del coronel Itúrbide; pero como al llegar á la cuesta del molino de Atapanco, distante dos leguas de Valladolid, oyese varios cañonazos de la plaza que indicaban haberse ya principiado el ataque general, hizo alto breves momentos para que se le incorporase el segundo batallón de la Corona y dos piezas que venian á muy poca distancia. Habiéndose aproximado á la referida ciudad, y observado que los enemigos tenian parapetada su infanteria contra las cercas de la plaza, y formada su caballeria dándole la espalda, dispuso que el coronel Itúrbide atravesase con 100 caballos la cerca del Penguato para cortar la derecha del enemigo, mientras que él con el resto de su fuerza atacaba por el frente.

Este bien combinado movimiento arredró al enemigo, y le hizo abandonar su posición avanzada y retirarse hacia el campamento principal, perdiendo mucha gente en aquella vergonzosa fuga. Entraron á su consecuencia las tropas del bizarro Llanos en la expresada ciudad en medio de los aplausos de su valiente guarnición, la que si bien se había defendido bizarramente de los primeros ataques, secundando las operaciones del general, conocía que sin el apoyo de éste habria debido sucumbir finalmente su arrojo y su constancia á las numerosas y bien organizadas fuerzas del indomable jefe rebelde.

Situado ya el brigadier Llanos en Valladolid, dió las órdenes más premurosas para que el teniente coronel don Martin de Aguirre, que se hallaba en Charo, se presentase al romper el día sobre las lomas del Zapote con la

compañía de marina, con la de cazadores del hijo de México y con un cuerpo respetable de caballería. En la misma mañana del 24 entró en Valladolid todo el resto de su ejército á la vista de Morelos, que conservaba sus primeras posiciones en las lomas de Santa María. Habiéndose notado por la tarde algún movimiento en el campo insurgente, salió el coronel Itúrbide con una columna á hacer un prolijo reconocimiento. Empeñóse una viva acción con las tropas que adelantaron los rebeldes; Morelos envió 1.000 caballos de refuerzo, y Llanos tres compañías de infantería y un escuadrón de caballería en auxilio de Itúrbide. Se hizo entonces el choque más sangriento y obstinado; era ya de noche y todavía duraba el fuego en las inmediaciones del campamento enemigo: á las ocho entró Itúrbide en la plaza con el mayor orden, satisfecho de la bizarra conducta de sus soldados en aquella jornada, pero con el sentimiento de que la obscuridad de la noche le hubiera privado de la gloria de exterminar las sacrilegas gavillas.

En la madrugada del día siguiente 25, se adelantó el sargento mayor D. Domingo Clavarino con 330 infantes, 150 caballos y dos piezas á hacer un reconocimiento preparatorio del ataque general. Colocado este cuerpo delante del enemigo, salió el brigadier Llanos con el resto del ejército y artillería por el camino de la hacienda de la Huerta para tomar la altura que se halla al frente de las mencionadas lomas de Santa María. Al ver este movimiento los rebeldes se llenaron de un pánico terror y se entregaron á la fuga en la más horrorosa dispersión. La caballería que fué en su persecución completó los triunfos de aquella batalla.

Mil quinientos facciosos puestos fuera de combate, 27 piezas de todos calibres, un inmenso repuesto de municiones, todo el campo enemigo, provisiones, equipajes y demás efectos fueron los trofeos adquiridos por las tropas del Rey en esta ilustre batalla, en la que los jefes, oficiales y soldados se cubrieron de gloria, rivalizando en



arrojo, decisión y patriotismo. La veleidosa fortuna, que en esta ocasión quiso lisonjear completamente el orgullo de los españoles, reservó para los rebeldes todos los estragos de la guerra sin permitir que probasen sus terribles efectos sino 82 realistas, entre los cuales tan sólo se contaron 25 muertos.

Este terrible contraste sufrido por Morelos fué precursor de otro todavía más importante que experimentó de allí á pocos días, y fué asimismo un anuncio anticipado de la terminación de su infame carrera.

Los infinitos golpes parciales que se habían dado en todo el curso de este año á las innumerables gavillas que inundaban el país por todas partes; la aprehensión de una porción de cabecillas, que eran los principales instigadores de la rebeldía; los buenos efectos que había producido en algunos puntos el indulto concedido por el virrey Calleja, y los bien combinados planes de este bizarro y sabio general, habían mejorado considerablemente el aspecto de los negocios, y habían producido un cambio notable en la opinión, fortaleciendo el partido español y desalentando el rebelde; pero era tal la terquedad y desesperado compromiso de otra porción de hombres desalmados, que fué preciso desplegar en el año siguiente un grado nada inferior de energía y decisión para afianzar el edificio monárquico, estremecido por los repetidos vaivenes y oscilaciones revolucionarias.